

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 8 Abril 1915.

Número 14.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

¡Mano al pañuelo!

Pregunta *El Imparcial* del sábado, en un artículo de primera plana titulado: *Si no se repitiera...*

«¿Pasó ayer alguna autoridad por la calle de la Princesa mientras se celebraba la romería de la Cara de Dios? Si pasó, bien pudo advertir que este año ha alcanzado un desarrollo alarmante y repugnante la venta y exhibición de ciertas cosas á las cuales no les falta mas que el hedor para estar completamente imitadas. De 15 á 20 puestos había ayer en la romería exclusivamente dedicados á la venta de tales mercancías.

No hace falta inventar leyes para prohibir la venta de objetos que ofenden al buen gusto. Basta con poner en vigor las que defienden el decoro público.

Porque no es lo peor que haya industriales dedicados á tamaña suciedad; lo más triste es que los compradores abundan y que todos ellos parece que hallan un gusto particular en hacer ostentación de sus inclinaciones.

Como esto no es privativo de la romería del Viernes Santo, sino que ocurre ya en las verbenas y en toda clase de fiestas populares, parece que ha llegado el momento de que las autoridades pongan mano.

Para los aficionados á esas cosas se puede establecer por ahí, en las afueras, una pocilguita.»

Para los que no hayan visto esas cosas, el suelto de *El Imparcial* resulta enigmático. Voy á aclararlo.

Se trata de unos juguetes llamados *mierdas*, que representan con tanta propiedad *mojones* recién puestos, que aunque efectivamente no huelen, se lleva uno al verlos la mano al pañuelo. Puesto uno en el suelo, la ilusión es completa: se da un salto para no pisarlo. El color sobre todo es tan *suyo*, que no parece sino que está humeando todavía.

Esto, sin embargo, no es lo más repugnante, sino el que muchos redimidos con las aguas purificadoras del bautismo, se colocan la *mierda* en la solapa de la americana ó el chaleco, al lado de la *cara de Dios* y del *pito* adornado con flores de papel. Si un extranjero, ignorante de nuestras costumbres religiosas, se fijase en las solapas de esos devotos, quizás tomara por *simbolismos* adecuados á la fiesta el *pito* y la *mierda*.

Yo no los tomo así, por el santo respeto que me inspiran nuestras venerandas tradiciones; mas esto no quita para que me adhiera á la petición de *El Imparcial*. ¿Por la profanación que resulta de mezclar lo asquerosamente humano con lo excelentemente divino? No; por que haya un sitio siquiera donde pueda acudir hoy un español decente sin exponerse á ver *mierda*, inodora, ó pestíferamente perfumada.

Borracheras en abundancia... Gritos discordantes... Humaredas de aceite que hacen toser... Groserías de lenguaje que hieren los oídos... Puestos de juguetes, frutas, caras de Dios, *mierdas* y pitos...

Esto es lo que se ve en la fiesta que los madrileños dedican á manifestar la pena que les embarga por la muerte de Jesús.

La fiesta, como se ve, aunque católica, no resulta muy católica en punto á devoción, educación y civilización.

JOSÉ NAKENS

A un Fiscal de S. M. y á muchos

Epístolas morales

Me consulta usted, señor mío, acerca de los deberes morales del cargo de Fiscal, ya en cuanto á los delitos comunes, ya en cuanto á los de prensa, siendo, como dice ser, católico sincero, que por nada ni por nadie quiere perder su alma.

En difícil atolladero me coloca usted, señor mío: pues por lo que á mí concierne, sé decirle que, siendo joven y en sazón de elegir carrera, una de las que me salieron al paso fué esa, y no hallé modo de combinar ambos extremos, pareciéndome que esos cargos de delatores, perseguidores y condenadores, se traen envuelta la condenación eterna, según aquello de: *¿quién eres tú para juzgar al siervo de Dios?*, y aquello otro: *«sólo el que está libre de culpa puede juzgar al que incurrió en ella.»*

Más entrado en años, hube de ser confesor de provisos, magistrados, y fiscales, y me hallé en igual embrazo, de no saber combinar la salvación propia con la condenación ajena; pues á fe, amigo mío, que si no se debe insultar á Dios en el Padre-nuestro al pedirle que nos juzgue y perdone según nosotros perdonamos y juzgamos, estableciendo con nuestra conducta hacia los semejantes, el rasero con el que pedimos á Dios ser medidos; á fe, digo, que no veo más camino que el de absolver y soltar todos los presidiarios según se pide á Dios nos absuelva, ó el de meternos de cabeza en el infierno según á los demás metemos en presidio.

En el primitivo cristianismo hubo oficios que se reputaron incompatibles con la fe cristiana: el de prestamista, por ejemplo; el de recaudador de contribuciones; la milicia y la magistratura. De los primeros fué ejemplo el apóstol Mateo; del otro, fuéronlo Pablo y aquellos escuadrones de cristianos que deponían las armas y se dejaban matar sin resistencia. Con los magistrados ocurrió que, al ir algunos al cristianismo pidiendo la comunión de los fieles, sin tener más medio de vida que el de su oficio, los Santos Padres, después de maduro exámen, decidieron que fuesen admitidos á la comunión durante el tiempo en que no ejerciesen la magistratura; pero de ningún modo durante el período oficial.

Se ve, pues, que la Iglesia ha cambiado de opinión en este punto. Si anduvo errada antes, aquel error dice poco en favor del acierto de ahora; y si entonces acertó, claramente se ve que ahora yerra.

Yo creo que acertó antes, al afirmar que la autoridad política es imposible en la sociedad cristiana; y para ello me fundo en que el con-

cepto «Cristo» entraña por necesidad el ser socialmente «la hez del pueblo y la befa de la sociedad», sin lo cual el símbolo evangélico es imposible. Cristo no vino á reinar, sino á ser crucificado y burlado: la burla y la cruz son su camino, el único camino: y quien diga lo contrario, miente. Si fuese, pues, posible la autoridad cristiana, habría de ser burlada y crucificada, y ya no sería autoridad política.

Y si esto se debe entender de la autoridad, cuánto más de esa función judicial, que es la más dura é incompasiva!

Ciertamente, según usted dice, el funcionario actual se desentiende de cábalas escrupulosas y toma el oficio como «máquina de la sociedad», cargando sobre ella la responsabilidad de las injusticias de las leyes y de los errores de su aplicación. Mas, amigo mío, esto no es doctrina de Cristo, sino de Pilatos; el que se lavó las manos sobre las cabezas de judíos y romanos, de la sangre inocente.

Así discurría y juzgaba el Sane-drín, en la causa de Jesús. No quería ahondar en la causa: invocaba la ley; á ella se atenía. Los funcionarios, pues, á que usted alude, son de la escuela de Caifás y de Pilatos, pero no de la de Cristo; y ya ve usted cuán sarcástico resulta que se haga al crucifijo testigo mudo de estos procedimientos.

Mas, en fin: si hay que buscar alguna compostura á este absurdo tangible, vea usted en Santo Tomás los duros principios á que se halla sometido al funcionario católico que quiere serlo de verdad. A él no le vale decir «la ley es ley», pues antes le ha dicho que la ley que no es justa, es papel mojado y tiranía, que ningún vasallo está obligado á cumplir y que ningún tirano puede imponer, y que si trata de imponerla, es lícito, y en ciertos casos es necesario, rechazarla, así sea con violencia. La ley injusta es injusticia; injusticia es su ejecución, y su tribunal no es de justicia, sino de injusticia: la Justicia está en destruirlo. Esto enseña Santo Tomás, y antes que él lo habían enseñado otros, y aun el propio Cristo había dicho algo parecido.

De manera, amigo mío, que usted como fiscal no podrá jamás invocar la aplicación de una ley que usted crea injusta; pues si como fiscal justificaría su sueldo, como católico se condena irremisiblemente. El propio Santo Tomás propuso el caso en concreto y resolvió sin vacilación ni escape, que al encontrarse el juez con el deber oficial de aplicar una ley injusta, antes que aplicarla tiene que renunciar al cargo. Si así se hiciera, amigo mío, otro gallo cantara en la Historia de España.

Fuera inútil que el soberano diese una ley injusta, pues no habría quien la aplicase. La huelga de tribunales sería el freno de la tiranía.

Usted verá ahora si es cosa tan fácil como parece el oficio de fiscal.

En cuanto á los errores posibles...

Estudie, estudie usted la moral, acerca de la ignorancia supina y crasa, la ignorancia culpable y no culpable; y después de tal estudio, estudie usted cómo todo funcionario, aunque las leyes le eximan, en conciencia y sana moral es responsable de todo daño y perjuicio que infiera por ignorancia ó por malicia, hasta el punto de que ningún confesor puede absolverle sin antes haber resarcido el agravio en la fama ó en los bienes, en su capital y en sus réditos, en el origen y en sus consecuencias.

¿Qué más quisiéramos nosotros que un Estado católico montado en tal forma? Juez que la hiciera, tarde ó temprano la pagaría. Su injusticia le arrojaría del cargo y de la comunión de los fieles. La impunidad de las leyes no cubrirían la responsabilidad en la conciencia.

Y ahora, medite usted sobre las Estadísticas criminales, el gran número de causas incoadas por denuncia fiscal y absueltas en última instancia.

En las manos de la administración de justicia han quedado las reputaciones perdidas, las prisiones pasadas, las lágrimas que se vertieron, los gastos que ocasionaron, los daños y quebrantos de todo género...

Medite usted sobre esto y tase en numerario esos valores. La suma es enorme, amigo mío. Quizás rebase el montante de los sueldos de los funcionarios de justicia.

Pues si la ley del Estado declara irresponsable á tal administración, la conciencia y la moral afirman la responsabilidad implacable. Consulte usted á un moralista.

Va viendo usted lo difícil de la consulta: todavía lo verá mejor en la epístola siguiente.

S. PEY ORDEIX

Las conferencias en San Ginés

«Si la maravillosa palabra del padre Tortosa no lo tuviera ya colocado sobre la cúspide de los oradores sagrados españoles, las conferencias que ha dado esta Cuarema en el templo parroquial de San Ginés le hubieran conquistado ese puesto de honor.

Cada conferencia ha sido un triunfo maravilloso, no para el sabio sacerdote, que el apologista no es aquí más que un instrumento providencial, sino para las verdades sublimes

que por hilos secretos vienen desde la eternidad á manifestarse en su palabra.

La ciencia de las religiones, las ciencias todas positivas que los enemigos de la Iglesia han creído que abrían insondables abismos entre la fe y la razón, entre Dios y el hombre, han constituido el tema del sabio conferenciante, demostrando el ilustre tribuno religioso que una sola es la verdad, que «de ella viene» la luz de la fe y á «ella va» también la luz de la razón humana en sus investigaciones y en sus descubrimientos realizados por el campo de la Naturaleza. La Ciencia es una. Un símbolo de fe se escribirá muy pronto para toda la Humanidad, para todas las escuelas filosóficas y religiosas, para todas las razas, para todos los pueblos del planeta. Este símbolo es el mismo que está escrito en la portada de la Biblioteca católica, sellado con la sangre de Jesucristo en el Gólgota, y difundido por todos los puntos de la tierra mediante la incesante labor de la Iglesia.

Durante estas conferencias han desfilar por el templo de San Ginés las personalidades más prestigiosas en la política, en la ciencia, en el foro y el episcopado. El Infante D. Fernando, asiduo asistente, ha saludado cordialmente al sabio conferenciante, que, como el padre Cámara, ha merecido los honores de ocupar la sagrada cátedra dos años seguidos con tal objeto.

¿En qué periódico viene el elogio anterior? No es en *El Universo*, ni en *El Debate*, ni en el *Siglo Futuro*, ni en la *Semana Católica*. Es en *Heraldo de Madrid*, diario democrático, cuya lectura prohíben los obispos.

Si *Heraldo* se hubiese limitado á ensalzar el verbo y verboridad del orador, nada había de objetársele por nuestra parte. Ya vendrán los agustinos y jesuitas con la rebaja, pues no han de consentir tan bravas órdenes que un clérigo seglar les deje en segundo término.

Pero no se trata de eso: *Heraldo de Madrid*, en su reseña, hace suyas y apadrina ante los lectores las conclusiones del conferenciante. ¿Qué dirían de ellas Canalejas y Morote? ¿Qué dirán Bonafoux y otros insignes colaboradores del popular diario?

A mí se me antoja decir, que ese bombo á la Iglesia es un *inri* puesto á la campaña del *Heraldo* y á la significación doctrinal que hasta aquí tuviera. Es una palinodia servida á los lectores sin previo anuncio.

No vamos á refutar lo que tantas veces ha refutado el propio *Heraldo* acerca de las conferencias. Solamente á su último párrafo hemos de poner un comentario, en lo referente

al público que ha constituido el auditorio.

¿De veras han estado allí los hombres-cumbres de la mentalidad española, extrayendo, según se desprende del suelto, la conclusión ofrecida á los lectores?

Si así fuera ¡menguada quedaba la mentalidad española! La Inquisición debiera reponerse cuanto antes, con estrado especial para esos personajes. En el primer auto de fe podría quemarse, como prelude, la colección del *Heraldo* y á una docena de sus redactores.

Yo supongo que esta es una li-sonja tributada al orador y al clericalismo, á expensas de la verdad y de la buena reputación de nuestros sabios. Los que allí fueran, si fueron, habrán sacado consecuencias muy distintas.

La que debe sacarse de la incongruencia del *Heraldo*, es que con renuncios y claudicaciones de tal naturaleza, la prensa española pierde el concepto de seriedad, que es lo último que debe perderse.

Por esto el clericalismo la trata con soberano menosprecio. Es castigo merecido.

Y aun en vez de llamarla «mala prensa» habría de llamarla «rematada».

Ni para ser mala sirve.

No hay incompatibilidad

El miércoles entablóse en Sevilla una lucha de ciriazos que ardía el agua (quizás fuese mejor decir el vino) entre los cofrades de las Hermandades de San Julián, San Roque y San Justo, que se disputaban el primer puesto en una estación. Después tendieron una cruz en el suelo para ver quién era el majo que pasaba sobre ella.

No sé en qué paró aquello, aunque sospecho que sería en las tiendas de montañés, según costumbre no interrumpida en ninguna Semana Santa.

La borrachera no es incompatible con el fervor religioso.

Todas iguales

Leo en el número de la *Revista Cristiana* correspondiente al día 20 de Marzo:

«El 28 de Febrero, cerca de Perthes (Francia), dió su vida por su Patria y su Emperador, el joven

Sr. D. Martin Flidner y Brown, hijo menor del fundador de *Revista Cristiana*.

Esperábamos mucho de él, pero el Señor, Todopoderoso y siempre Sabio, lo ha dispuesto de otra manera. Sus pensamientos no son como

nuestros pensamientos; y sus caminos tanto más altos que los nuestros, como el cielo es más alto que la tierra.

¡El Señor lo dió, el Señor lo quitó! Sea el nombre del Eterno bendito.»

He afirmado muchas veces que todas las religiones son iguales, y esa noticia lo prueba. ¿Qué más hubiera dicho un católico en un caso parecido?

En la noticia hay una contradicción palmaria. Se dice primeramente que el joven muerto dió su vida por su Patria y su Emperador, y luego que Dios fué quien dispuso que muriera. Y siendo así, el muerto no dió nada, puesto que en la dádiva no intervino su voluntad.

Otro aspecto de la cuestión.

El fué á la guerra, no con el propósito de dar su vida, si no con el de quitársela á otros. Si hubiera estado en su mano elegir, de seguro no hubiera muerto. Luego no debe asegurarse que dió lo que Dios había dispuesto que perdiese.

Por otra parte, confesando que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ¿cómo asegurar que Dios dispuso la muerte del joven Flidner? ¿Cómo juzgar aquello que no entendemos?

¡En qué aberraciones y contradicciones cae el hombre que lleva sobre sus ojos la venda de una fe religiosa cualquiera! Creer en un Dios Sabio, Justo y Poderoso, para ofenderle y empuñarle suponiendo que dispone ó permite que los hombres se maten señalando él de antemano las víctimas, es una blasfemia y un escarnio mayores que la de negar su existencia.

Morder lamiendo

Leo en *El Universo*, periódico católico y germanófilo:

«En el escrito dirigido al Emperador de Alemania, dice el Papa:

«En el amor cristiano á la humanidad que distingue á V. M...»

Y sobre esto escribe el periódico ruso *Novie Vremia*:

«Ante tales palabras sólo puede hacerse un gesto de extrañeza, porque para nosotros es una de las mayores mentiras que se han pronunciado en los siglos; si nosotros nos encolerizamos é indignamos, ¿qué efecto producirán estas palabras en los verdaderos católicos que han experimentado en ellos mismos los efectos de este amor cristiano? Para ellos es la voz del Papa la voz de la verdad. Pero ahora en estos días en que su martirio ha llegado al punto culminante, calumniar así á Jesucristo y á su doctrina... Entre las palabras más mentirosas de este mundo que-

dará imperecedero el calificativo de «amor cristiano dado por el Papa Benedicto en el año 1915 al enemigo de la humanidad. O es esto una «fina alusión», una ironía contra los excesos del emperador. Pero ante los países en ruina y los millones de cadáveres, ¿se atreve el Papa á bromear? ¿Y es adecuado bromear cuando debería sonar el trueno de una voz cristiana independiente?»

Por todo comentario á ese ataque razonado y valiente, escribe estas líneas *El Universo*:

«La pregunta que nos parece adecuada, es lo que se dirá en las amplias esferas católicas al atreverse el periódico ruso á ofender de tal forma al Jefe Supremo de la cristiandad.»

Tan floja respuesta me hace sospechar si *El Universo* habrá aprovechado la ocasión para dejar al Papa al descubierto; pues no tenía para qué reproducir esos párrafos del periódico ruso, si no pensaba rebatirlos victoriosamente.

¿Si habrá procurado el periódico jesuítico vengarse de este modo del Papa, que no aprueba del todo la campaña que el clericalismo español hace contra los aliados?

Posible es: los cléricales muerden hasta cuando lamen.

En esto se parecen al Judas que vendía cuando besaba.

¿Qué resta del cristianismo?

Quedamos, pues, en que el catolicismo es la paganización del cristianismo. No el paganismo acristianado, según dicen los sermoneros: sino el cristianismo paganizado.

Tal había de ocurrir al constituir el «Estado Católico», en el cual tratase de amalgamar á Cristo con el Mundo, su enemigo irreconciliable, de quien Aquél es negación también radical.

Porque hay que observar esto: que el Evangelio es un sistema social moral individualista, sin tener con el Estado otra relación que la de minoría. Jesús habló á los de abajo y enmudeció ante los de arriba. «El Estado no soy yo», está diciendo á todas horas: nada tengo que ver con el Estado, «poder de las Tinieblas», ni con la ley, que sólo sirve para condenarme.

No fué Jesús del género mesiánico de Moisés, de Confucio, de Mahoma ó de Platón, que fueron eminentemente políticos y legisladores. Estos legislaban para un pueblo y organizaban Estados: Jesús, al revés: venía á disolver los unos y los otros.

Su principio absoluto de la paternidad universal de Dios, y, en consecuencia, de la fraternidad universal humana es la negación radical

de la Soberanía, explícitamente renegada en el texto Evangélico, donde se enseña que la autoridad no es señorío, sino *servicio*, y que la propiedad no es dominio, sino administración. Y para avasallar espiritualmente á los superiores les lanza esta sentencia; «en el reino del Padre, el mayor será el menor, y el último será el primero»: es decir, que aun constituida y desempeñada cristianamente la autoridad, la oposición entre la religión (política de Dios) y la ley (política del Estado) es tan grande, que en aquella quedan previamente invertidos los términos de ésta y revolucionado su orden y vuelto del revés.

Con estos principios, dicho se está que un cristiano sincero no puede apetecer, antes debe huir de la autoridad y del dominio, como del verdadero precipicio. Sólo un loco de atar ó un intemperante bestial, puede sentir la fe en el advenimiento inevitable del reino de Dios, y apetecer el dominio de la tierra que le expulsa implícitamente y le destierra de aquel reino ó le relega á último lugar. La recta ambición y la sabiduría económica del ciento por uno, le inducen al sacrificio pasajero de acá, para asegurar la glorificación eterna allá. Así lo practicaron algunos santos.

Este espíritu ¿ha existido jamás en un Estado de los llamados cristianos ó católicos? ¿Ha existido siquiera en la jerarquía eclesiástica? No: ahí está la Historia de sus intrigas, de las guerras y de las conjuras. Cada sacerdotía, cada cabildo, cada curia, cada oficina de esos Estados católicos, es la negación viviente del espíritu político-cristiano. La misma teoría teocrática de la Iglesia, ó sea la teoría clerical, es, en cada línea, la renegación de aquel espíritu.

Sin embargo del absurdo filosófico, en la práctica Cristo y el Estado, Jesús y el Mundo ofréncense como hermanados y armonizados en el Estado-Católico. ¿Cómo se ha verificado el fenómeno? ¿Es que el Mundo se ha hecho cristiano, ó es que ha surgido un Cristo Mundano? Esto digo yo, si es lícito decirlo.

Cristo frecuentador de salones, adulador de poderosos, servidor de concupiscencias, comparsa de negocios escabrosos... ¿Existe ese Cristo?

En el Evangelio, sí. Se le llama pseudo-Cristo, ó sea un Cristo-nuevo, distinto del otro. En la práctica existe también. No hay más que abrir los ojos para verlo en todas partes.

Yo lo he visto esta Semana Santa en Madrid.

Yo he visto el Catolicismo histórico, el verdadero, el positivo, echado á la calle en toda su procacidad, en la fiesta de *La cara de Dios*.

No cabe profanación más cínica ni sacrilegio más sarcástico. Es el escarnio del pueblo de la capital de la nación católica sobre su religión oficial.

El día, la hora, el lugar, el título, la sustancia y los accidentes; el todo en conjunto y los detalles más mínimos, es todo escarnio de macabra algazara y de monstruosa saturnal sobre el cadáver de Jesús colocado en la capilla ardiente del Monumento.

Es fiesta cívica y clásica; fiesta madrileña, característica de la corte de España, como el título de Estado católico es característico entre las naciones.

Si, ya sé que hace algún tiempo los clericales piden la prohibición de la fiesta. Encuentran el escarnio demasiado sangriento. Les molesta la procacidad. Encuentran grotesco el espectáculo cívico.

Bien: harán bien en recabar la prohibición de esta fiesta, que es monumento vivo y perenne de la Tradición. Porque es de saber que este pueblo de la *cara de Dios* del Viernes Santo es el mismo que en el día de San Pedro iba á aumentar la solemnidad del auto de fe. Es el mismo que llena iglesias y desfila en procesiones. Es el pueblo que echa saetas á la Macarena en Sevilla; el que en villorrios baila los santos; el que va desde la mesa de comunión á la taberna; el que jura la bandera del Corazón de Jesús y va á celebrar el suceso en la plaza de toros.

Podrá la vieja iglesia desterrar la *Cara de Dios*, de igual modo que rompe el espejo que retrata su deformidad la cacatúa. Pero, el mismo escarnio aparecerá luego más sutil y no menos sangriento en las demás fiestas.

Si en la *Cara de Dios* danzan sobre el sepulcro de Jesús Baco y Saturno, quedarán en el desfile de la visita de monumentos flotando sobre la flugida piedad cristiana, las Pompas y Vanidades del mundo, del cual la misma ceremonia forma parte con la rivalidad de parroquias y conventos en la acumulación y exhibición de profanidades.

¿No son profanas la música, la pintura, la indumentaria, la escultura y la pirotecnia?

Pues... ahí están los Monumentos, en quienes el público va á admirar (¿qué digo? ni eso siquiera) va simplemente á curiosar lo que en ellos hay de profano y de artístico. El sacramento... es lo de menos.

Y aun en eso hay que rebajar otra cualidad.

Esta misma curiosidad, en la mayor parte del pueblo, no es fin, sino pretexto para rendir culto á Venus. Así como en la *Cara de Dios*, la Ve-

nus que vive en cada mujer va á manifestarse con el mantón de Manila, en la visita de Monumentos va á presentarse ornada con la vaporosa mantilla que realza su hermosura.

Si en la *Cara de Dios* Venus está en risotadas, ebria, dislocada, triunfante, ahita, descompuesta; en la *Visita del Monumento* va á encender la mecha del volcán por estallar, con el movimiento insinuante, con el gesto exquisito...

Yo lo he visto y doy fe de ello. Si de esas fiestas se retiran los dioses del Olimpo pagano; si del cristianismo español retira el Mundo sus Pompas y Vanidades, queda evaporado. ¡Es sólo una Pompa inconscientemente sacrilega, y cuya malignidad objetiva está más que en el sacrilegio, en la inconsciencia.

¡Oh, verdad evidente, la de que es más temible que el disoluto el vicio que se cree santo; el criminal que se cree justo; el necio que se imagina sabio... La fatuidad, la hipocresía, la presunción, eso es lo que hace incorregibles é insanas los individuos y los pueblos. Los sanos, sabios, santos y justos imaginarios; los cristianos paganos...

S. P. O.

La lámina de hoy

¡Infame!... ¡Embusteral!... ¿Decir que mi inocente hijo la ha puesto así? ¡Váyase ahora mismo de mi casa, ó haré una barbaridad. ¡El Señor me perdone! ¡Mi hijo, que oye misa todos los domingos y confiesa y comulga cada quince días! ¡Mi hijo, que á sus veinticinco años no ha pasado más noches fuera de casa, que aquellas en que ha hecho la vela al Santísimo!... ¡Fuera de aquí, so puerca!... Si no tiene usted donde ir, tírese por el viaducto. ¿Que le dé siquiera una peseta de limosna mientras libra y pueda ponerse á servir otra vez? Un tiro es lo que yo le daría, por indecente. ¿Que mi hijo no podrá negar que lo que usted lleva en la barriga es suyo?... ¡Vaya si lo negará!... Es muy temeroso de Dios, y lo tengo muy bien educado... Con que quítese el delantal, y á la calle... Y que venga la otra á ponerme la mantilla, que tengo que ir á la novena.»

De este modo hablaba la mujer de un tendero enriquecido á una desgraciada muchacha de quince años que había sido estuprada por un hijo suyo, citado como modelo de religiosidad por los frailes en cuyo colegio estuvo; hijo que le confesionó el tendero cuando estaba de cocinera en su casa en vida de su primera mujer.

EL MOTÍN



La explicación en la página cuatro.

Ayuntamiento de Madrid

Cine clerical

¡Resucitemos con Cristo!

Salita elegante; varias visitas; encima de un velador bandejas de dulce y botellas de licor. La dueña de la casa, viuda cuarentona, muy acicalada, habla junto al balcón con otra señora.

—Pues nada, que muchos años tengamos la satisfacción de conmemorar con usted la resurrección de nuestro adorable Redentor.

—Muchas gracias, D.^a Mercedes. ¿Quiere usted otro dulce? ¿Una yema de coco?...

—No, gracias... Me quitaría las ganas de cenar. ¡Ah! D.^a Felisa, ¡qué consuelos tan admirables tiene nuestra santa religión! ¿Hay cosa más consoladora que tener la seguridad que estos cuerpos nuestros después de la corrupción del sepulcro han de resurgir de nuevo, llenos de vitalidad y hermosura eternas?...

—¡Ah! Sí: es muy consolador todo esto. Y mientras llega la resurrección corporal, resucitemos á una vida de virtud, de perdón, de misericordia, de caridad sin límites para las flaquezas del prójimo, como decía ayer el P. Macho en la plática de comunión.

—Apropósito: no veo por aquí á Julita en un día tan memorable como hoy...

—Ya se guardará muy bien de poner los pies por aquí esa hija ingrata y desobediente. ¡Casarse á disgusto mío! No se lo perdonaré nunca, jamás.

—Pues dicen que Alfredo es muy buen chico, muy trabajador, muy bueno, que la quiere mucho...

—Sí, un muerto de hambre... Si se hubiera casado con Ayala, como yo quería, hoy estaría envuelta en brillantes, y su madre no pasaría ciertas zozobras... ¡Mala hija!

—Creo que el niño es una monada...

—No le he visto, ni quiero...

—Vamos, D.^a Felisa, al fin es usted su abuelita. ¿Qué culpa tiene la criaturita de las cosas de sus padres?...

—Mire usted, D.^a Mercedes, hablemos de otra cosa, porque me pongo nerviosa al recordar la mala partida de Julia... ¿Ha visto usted esa indecenciada de Linares, La garra?...

II

—Señora, señora... Ahí está... Viene con la nifera...

—Pero, ¿quién, mujer?

—El niño de la señorita Julia... Viene á felicitar á la señora... ¡Es más mono!

—¡Qué cinismo! Dígales usted que se vayan, que no quiero verlos...

—Señora...

—Haga usted lo que le manden, y no se meta en lo que no le importa... ¿No oye usted lo que la digo?...

—Ya voy, señora... ¡Vaya un tigre que es esta tía!

III

—¿Pero qué hacen ustedes tan callados? Vamos, Enriqueta, toca un poco el piano, mujer. Tú, Elvirita, dales un dulce á esos pollos... Hoy ha resucitado Cristo; todo debe ser alegría, todo júbilo.

—¡Vida nueva, D.^a Mercedes!

—Sí, sí, vida nueva: la santa alegría cristiana llenando todos los corazones, y como decía ayer el Padre en la plática, purificando nuestra alma de toda corrupción de odios, venganzas y rencores...

Doña Mercedes aparte á la doncella:

—No ha querido recibirlos?

—No, señora.

—¡Qué infamia!

—Y eso que ha resucitado con Cristo!

FRAY GERUNDIO

El freno religioso

Estamos en Sevilla y en Viernes Santo. Es de noche.

Cuando mayor era la concurrencia en la calle de las Serpes momentos después de haber pasado la última cofradía, un sacerdote, don Fernando Jurado Juste, vestido de obrero, se acercó á una señorita de dieciocho años llamada Juana Gallardo Clavijo, y le habló no sé qué; á poco tiró de navaja, la hirió en el cuello, y escapó, siendo detenido en la calle de la Intendencia por el paisano Juan Teba.

La señorita fué inmediatamente trasladada á la Casa de Socorro, donde se le practicó la primera cura. Los médicos certificaron su estado de gravedad.

Ante la Casa de Socorro se estacionó una multitud que comentaba con gran indignación lo acontecido.

El ministro del Señor fué conducido á la cárcel, escoltado por varias parejas de la guardia civil.

Interrogada por el juez la señorita, declaró que el agresor estaba hospedado en su casa, y que en distintas ocasiones le había insinuado una pasión amorosa incompatible con el voto de castidad, oponiéndole ella enérgica negativa, y esquivando todo trato con él, sin lograr que desistiera de su empeño; que insistió en sus pretensiones aquella noche en medio de la calle, y al verse nuevamente rechazado, sacó el arma y la hirió.

Lo confieso sin pasión: no me extrañara la acción en un chulo fandanguero;

mas en un miembro del clero no le encuentro explicación.

¿Si el amigo pensaría que por que muerto se hallaba ni Cristo se enteraría? Tampoco me extrañaría: la fe la razón socaba.

Por esto no lo condeno, pero sigo en mi terreno al juzgar estas acciones: «La religión es el freno que contiene las pasiones.»

Las Hojas Parroquiales

Cualquiera que lea ese título, imaginará que están dedicadas á tratar exclusivamente de asuntos religiosos. Pues nada de eso. En ellas hay de todo, como en botica.

La repartida en Algemés con fecha 14 de Marzo contiene un artículo que levantó gran polvareda entre las gentes de escapulario, especialmente en el llamado bello sexo, por frases atrevidas y conceptos un tanto procaces y libidinosos; tanto que el pobre párroco declaró desde el púlpito que él no era responsable de aquel exabrupto, porque las *Hojas parroquiales* se confeccionan en el palacio arzobispal. Esto calmó algún tanto el enojo de católicos y católicos. Sin duda pensaron que, elaboradas en tal sitio, tenían forzosamente que ser como eran.

Para que mis lectores huyan de la tentación de coger ninguna *Hoja Parroquial* ni aun con la intención de limpiarse alguna parte de su cuerpo, á continuación va el artículo que ha escandalizado el gremio beato de Algemés:

“FEMINISMO

Esta palabreja nueva es un eufemismo, detrás del cual se oculta otra palabra que es la gráfica y debe ser la preferida y adoptada por la Academia de la lengua; esta palabra es: «marimachismo!»

¡El marimachismo! He ahí el enemigo, el gran enemigo de las desterradas y descabelladas hijas de Eva. El marimachismo es la última carcajada de los Meffstófeles fin de siglo, contra las pobres Margaritas del fin del mundo.

¡Ya no hay niños—dijo Selgas—porque los niños quieren ser hombres! Ya no hay hombres, porque se van afeminando hasta convertirse en mujeres. Ya no hay mujeres, porque se van transformando en... marimachos.

Para que las madres sean lo menos madres posibles se han inventado el biberón automático y la cuna automóvil para que la mujer llegue por el plano inclinado del ridículo á ser el hazme reir de los hombres, se ha planteado en grande escala el mari-

machismo en el traje, el marimachismo en el arte, el marimachismo en el sport, el marimachismo en todo.

¡Ved á esos marimachos! ¡Qué aire provocador y casi agresivo! ¡Qué andar tan resuelto! ¡Qué sentarse de cualquier manera! ¡Qué poner una rodilla sobre otra como si tal cosa! ¡Qué dar su parecer en todo y que rer hasta el voto!

¡Y si fuera esto sólo! Mas para realizar este ideal invertido escriben libremente como los hombres; hacen ejercicios gimnásticos para superar en virilidad á las espartanas, lacedemonias ó lacediablas. En los teatros no hay llenos rebosantes mientras el papel principal no lo representa una mujer vestida de grumete, ó de monaguillo, ó de fraile, ó de tambor de granaderos. Y el sexo feo degradándose al compás del bello sexo ha presenciado sin pestañear partidas de billar de solas mujeres, partidos de pelota con pelotaris hembras, y corridas de toros con señoritas toreas.

Y una de las pruebas de que el marimachismo se impone y el sentido moral se va por la posta, es que hay moralistas que encuentran muy natural todo esto y recomiendan que entre las prácticas de piedad que acostumbra usar el «devoto femenino» consagren algunas horas al culto y adoración del feminismo.

Entre las mil anécdotas que se refieren del célebre «Frascuélo», oímos contar que: volviendo el valiente matador de una corrida de toros celebrada en Nimes, donde había sufrido una cogida que le puso á las puertas de la muerte, le dijo uno bromeándose: «Pero hombre, Salvador, ¿cómo se ha dejado usted coger en Francia, en donde no entiende nadie una palabra de toros?» A lo que contestó «Frascuélo» muy amoscado: «Porque sepa usted que en Francia y en España y en toitas partes donde toreo, yo tengo pero muchísima vergüenza.»

Pues bien, he aquí lo que no pueden contestar las partidarias y profesoras del marimachismo. Porque el requisito esencial para ejercerlo libremente, es no tener ni una pizca de vergüenza; así recomendamos que cuando la moda en trajes, palabras, acciones y omisiones nos dé un empujón hacia el feminismo, pensemos mucho en Dios y un poquito en «Frascuélo»...—MARÍA DE ANDA LUCÍA.

El articulito, como se ve, se las trae. ¿Quién será el jesuita que lo ha escrito, ocultándose tras un pseudónimo femenino, sin duda por creer que tiene perfecto derecho á no usar nombre de varón? ¡Vaya usted á saberlo! ¡Hay tantos de ese sistema donde escoger!...

En lo que el autor no ha pensado

al escribirlo, es en el palo terrible que descarga sobre la Iglesia al pintar ese cuadro de inmoralidad.

Si los hombres se van afeminando hasta convertirse en mujeres, y las mujeres en marimachos, y unos y otras únicamente se solazan en espectáculos en que los sexos están invertidos;

Y si los que tal hacen han sido educados en colegios clericales, y están atiborrados de misas, ahitos de novenas, zahumados de incienso y saturados de religiosidad;

¿Qué concepto formar de sus guías y maestros, que nos los presentan invertidos en todo, en trajes, en costumbres, en ejercicios corporales, en aficiones sexuales,

por arriba,
por abajo,
por delante
y por detrás?

Y dicho esto, deduzcamos:

España no estaba como esa Hoja Parroquial dice, cuando la invadieron las Ordenes religiosas.

La generación actual y la anterior, que son las que hoy están en juego, han sido educadas por ellas.

Luego, ó ellas son impotentes para imponer la moralidad, ó á ellas se deben los males que lamentan y la inversión de actos y costumbres que censuran.

Y en cualquiera de ambos casos, conviene ir las convenciendo de que deben ir preparando cuanto antes la maleita, no haga el diablo que el Pueblo empuñe la escoba y los barra el día menos pensado.

PROPAGANDA RISIBLE

Leo en varios periódicos:

«Un reverendo padre de la Compañía de Jesús ha ingresado en las arcas del Tesoro, en esta corte, 1.000 pesetas que bajo secreto de confesión le entregó un penitente para restituir las al Estado.»

Esta noticia es una de las que, como la de la aparición de la serpiente de mar, sale de vez en cuando en los periódicos.

Si los jesuitas, que suelen ser los especialistas en devoluciones de esta clase, creen hacer de este modo propaganda en pro de la confesión, se equivocan de medio á medio. Pues todos nos preguntamos:

¿Cómo nunca devuelven cantidades de importancia, habiendo tantos ladrones y siendo devotos todos? ¿Si creerán que, legando millones á los jesuitas, les produce lo robado más réditos espirituales?

Lo ignoro: entiendo poco de estas cosas. Además, sólo quiero hacer constar esto: que únicamente los ladrones de poco pelo devuelven alguna vez algo de lo que roban. Y es

to cuando se convencen de que no pueden seguir robando.

La catástrofe de Frieira

Muertos, heridos é irresponsables

Estamos tan acostumbrados á la impunidad de los grandes como á la resignación de los chicos, que las catástrofes de 15 ó 20 muertos ni nos impresionan ni nos conmueven.

¿Que un automóvil á 60 por hora mata á un viandante?

Culpa es del muerto: si se hubiera estado en casa no le hubiera atropellado.

¿Que una jardinera-cangrejo descarrila en una curva denunciada dos meses antes?

Pues que no circulen jardineras, aunque el público se achicharre en los coches cerrados.

¿Que se derrumba una trinchera y sepulta un tren matando é hiriendo?

Culpa es de los muertos, que pudieron hacer el viaje el día antes...

Es inútil que la *Federación de sociedades obreras de la provincia de Orense* haya publicado en 20 de Marzo un folleto de protesta; los muertos no resucitarán, y los Consejeros de la Compañía seguirán tranquilamente en sus puestos. Las protestas aisladas de otras sociedades serán también desoidas, la prensa hará la campaña del silencio y... Aquí no ha pasado nada.

El folleto está escrito en tono mesurado, parlamentario ó gubernamental si queréis, pero destila sangre.

Una Compañía QUE TIENE OBLIGACIÓN según la ley de dar á los taludes una inclinación obligada por la concesión y no la da, por lo cual se produce el incidente...

Unos ingenieros que vigilan en coche salón y esperan un cargo retribuido de la misma empresa vigilada; y que siendo de su obligación tener la vía y sus taludes en buen estado, no se preocupan de pequeños desprendimientos, precursores del grande, á pesar de verse filtraciones peligrosas...

¿A qué seguir? Vale más copiar literalmente el OBJETO de la circular y las PETICIONES. Los medios é instrucciones para ayudar á los peticionarios, ya irán surgiendo... Hasta el año 2000 no hay prisa. Provisionalmente y sólo con carácter transitorio, es posible encontrar alguna pequeña ayuda; en general, nada. Los políticos no cumplen sus deberes de gobernantes, pero los gobernados cumplen menos aún los suyos de ciudadanos que solicitan primero, piden después, exigen más tarde y obligan á cumplir siempre.

¡Si el público se diese cuenta de lo que representa la unión! ¡Si en vez de lamentarse aisladamente protestase en colectividad! ¡Si sacudiese la apatía é incuria para lo que le interesa! Pero esto resulta un suceso extraordinario en esta tierra.

No obstante pensar así, allá van las Peticiones, para contribuir á que se enteren de ella los Centros de Trabajadores de toda España, las Cámaras de Comercio, la Prensa y todas las entidades é individuos que viven del trabajo y de la probidad, á quienes la *Federación de Sociades obreras* de la provincia de Orense pide que se dirijan directamente al Gobierno y á las Cortes haciendo suyas estas Peticiones:

1.^a Que se aclare la ley actual respecto á CASOS FORTUITOS, señalando más concretamente cuales son los absolutamente inevitables é inesperados; y que no estén clasificados como de fuerza mayor los desprendimientos de trincheras contiguas á la vía ni otros análogos que la previsión y vigilancia pueden evitar, hállese ó no se hallen las obras autorizadas y vigiladas por la División Técnica y Facultativa.

2.^a Que al personal técnico de estas Divisiones se les concedan más amplios medios de vigilancia y de hacer efectivos los castigos contra las compañías por infracciones ó defectos del servicio. A la vez, que al mismo personal técnico se le señalen estrechas responsabilidades en los casos de siniestros en que aparezca poco justificada su gestión interventora.

3.^a Que se declaren incompatibles á dichos funcionarios para tener derechos de retiro ó jubilación y estar al servicio particular de las Compañías ferroviarias como Ingenieros-Directores ó empleados de alta categoría, sea por jubilación ó por excedencia voluntaria.

4.^a Que en caso de accidente, los derechos de los empleados de la empresa y lo mismo los de los funcionarios del Estado, como son los de Correos, Guardia civil, Intervención administrativa, Inspección facultativa, etc., desde ingeniero ó director á mozo de carga, no estén limitados ni neutralizados por ningún contrato, Montepío, Reglamento particular, ni por la ley especial para Accidentes del Trabajo, y tengan, por lo menos, en casos de siniestro, los mismos derechos que cualquier viajero poseedor de billete.

Como se ve, no puede pedirse menos, ni en forma más correcta. Razón demás para creer que no serán atendidas esas peticiones.

Y conste que me alegraría equivocarme.

DENUNCIA

La sufrió El Motín anterior, por el artículo de Pey Ordeix titulado Al cuaresmero de tanda.

Más milagros

Así como Alarico sintió una voz secreta que lo impulsaba á destruir á Roma, igualmente me veo compelido, no sé si por una voz ó muchas voces públicas ó secretas, á poner mis pecadoras manos en cosa tan importante, transcendental, frágil y delicada como la materia milagrosa.

Porque hay asuntos tan necesarios y útiles al progreso humano, que ninguna consideración debe ser bastante á detener al escritor, por modesto que éste sea, para dejar de intervenir en cuestiones tan interesantes y beneficiosas como esta que nos ocupa.

Además, con esto la fe se afianza y cumplimos el ineludible deber de contribuir al mayor esplendor de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica, única é indiscutible depositaria del saber y la verdad.

Por si todo esto no fuera bastante, muéveme á intervenir en la cuestión milagreril dos razones de la mayor importancia y peso.

Primera; que no todos los días se tropieza con referencias tan autorizadas en la materia, como las del gran Padre de la Iglesia, el glorioso San Agustín; y segunda, que se trata de hechos acaecidos en nuestra patria y no es cosa de desaprovechar la ocasión para divulgar los prodigios que la misericordia divina obró en aquellos tiempos con algunos de nuestros antepasados.

Oído á la caja, que habla San Agustín:

«Eucario, sacerdote natural de España, viviendo en Calama, padecía mucho tiempo había dolor de piedra; libróse de ella por la reliquia del insinuado Santo Mártir, (se refiere á San Esteban) que condujo allí el obispo Posidio.»

Esto de que habla San Agustín, es un decir: como el lector comprenderá, quien habla así es el traductor.

Si este suceso ocurrió tal como lo hemos leído, y por mi parte basta que lo afirme el sabio obispo de Hipona para no ponerlo en duda, ¿dónde están el progreso y la civilización de que tanto nos ufamamos ahora?

Porque hoy, á un enfermo como Eucario, lo menos que habría que hacerle, sería sonarle la uretra para que saliera la orina retenida, suministrarle alguna piperazina para que disminuyera el ácido úrico, amén de otros remedios para facilitar la dolorosa expulsión de los cálculos;

mientras que en aquella época, con sólo tocar las reliquias de cualquier santo de alguna categoría, asunto terminado.

Y no crean ustedes que las tales reliquias servían sólo para curar enfermedades de tres al cuarto; ahora verán lo que nos sigue contando San Agustín:

«Este mismo después (el obispo Posidio), adoleciendo de otra enfermedad, estaba rendido y muerto, de de manera que le ataban ya los dedos pulgares; con los auxilios del dicho Santo Mártir, habiendo traído de su capilla la túnica del mismo sacerdote, y poniéndola sobre el cuerpo como estaba echado, resucitó.»

¿Puede exigírsele á unas reliquias prodigio mayor que el de resucitar á un muerto? Pues así las gastaban los santos milagrosos de otras veces.

Con razón suspira mucha gente por aquellos tiempos... pero se fueron ¡ay! para no volver.

Si tengo tiempo relataré otro día algunos milagros tan interesantes como éstos; es decir, más interesantes, pues éstos nos los cuenta San Agustín por haberlos oído relatar aquí y allá, y los que pienso referir los ha conocido el mismo santo y en algunos intervino como sujeto principal.

Más autoridad, imposible.

Serán, pues, milagros auténticos, formales, sin trampa ni cartón.

No quiere esto decir que los que quedan relatados no los tenga por verdaderos, ¡Dios me libre! pero, vamos, entre lo que se cuenta por oídas y lo que ve uno por sus propios ojos, siempre hay diferencia.

SIMÓN CERREJÓN

LIBROS NUEVOS

Cosas que he dicho

Más cosas que he dicho

Clericalismo en solfa

YO, HABLANDO DE MI

Trozos de mi vida

EN SERIO

Y EN BROMA

POR

José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID